

tóricas y literarias. Acaba de llegarnos de Buenos Aires un interesante opúsculo cuyo título «La Iniciación Intelectual de Mitre», nos habla con bastante claridad de los afanes e investigaciones llevados a cabo por Pages Larraya. El libro está editado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, con la pulcritud que caracteriza las publicaciones del Instituto de Literatura que dirige Ricardo Rojas, y representa una de las contribuciones más valiosas para el estudio de la ilustre personalidad de Mitre, en los comienzos de su carrera de publicista.

En el P. E. N. Club

En una de sus últimas sesiones el Directorio del P. E. N. Club recibió como miembros honorarios a los señores Ministros de Canadá, Sr. Chipman de Checoeslovaquia, Sr. Havlaga, de Bolivia, Sr. Ortís Gutiérrez, de Cuba, Sr. Pizzi de Porras y Tulio M. Cestero, Embajador de la República Dominicana.

<https://doi.org/10.29393/At222-25PDRA10025>

El Padre de don Andrés Bello

En el último número de la Revista Nacional de Cultura que se edita en Caracas, encontramos un interesante artículo titulado «Don Bartolomé Bello, Músico», en que se narran curiosos antecedentes de la vida del padre de don Andrés Bello, que fué un músico de innegables condiciones. El autor de este artículo Juan Bautista Plaza termina así su estudio:

«Andrés Bello, que sepamos, no dió nunca muestras ostensibles de haber heredado el talento musical de su padre. No es de extrañar, sin embargo, que durante su niñez haya él recibido una viva y perdurable impresión de la inefable belleza que la música es capaz de expresar, y ello, al través de lo que a menudo le oyera decir o cantar al Licenciado. Existe, por lo menos, un dato revelador de lo mucho que la música deleitaba a don Andrés en los últimos años de su vida. Cuenta Miguel Luis Amunátegui que el venerable anciano, «ya agobiado por el largo y vario trabajo, y quebrantado por la pérdida prematura de tantos hijos muertos en

edad temprana», encontraba «reposo para la fatiga y alivio para el dolor, en el sublime espectáculo de la luna que aparecía majestuosa por sobre la cumbre de los Andes, o en el por otros motivos no menos espléndido de la Vía Láctea. . . » Y más adelante, añade que « en días más felices, mientras meditaba por la noche en silencio y fumando un cigarro, sobre los resultados de sus estudios, y combinaba sus ideas, se complacía en pensar al son de música, haciendo que sus hijas, excelentes tocadoras, ejecutasen para él en el piano piezas selectas, y a veces óperas enteras, como verbi-gracia, la *Sonámbula* de Bellini, y la *Lucrecia Borgia* de Donizetti, las cuales eran muy de su gusto».